Bruno Amadio: el pintor que supuestamente pactó con el Diablo



 © Activité-Paranormale 2009-2026

Tras los ojos empañados de «El niño que llora», colgado en millones de salones, se esconde una de las leyendas urbanas más persistentes del siglo XX: la de un artista, un huérfano apodado «Diablo» y una maldición que perdonaría los cuadros mientras las casas arden. Investigación sobre un mito nacido en un tabloide británico.

Un niño llorando en millones de hogares

Casi seguro que lo ha visto: un niño de mirada fija, mejillas bañadas en lágrimas, labios caídos, a menudo vestido con una chaqueta oscura sobre un fondo negro u ocre. En el recibidor de una abuela, en el pasillo de un hotel, en la pared de un puesto de rastro. Reproducida por cientos de miles a partir de los años cincuenta, la imagen se convirtió en un monumento del kitsch europeo. En algunos países adornaba prácticamente todos los hogares: un cronista israelí, al evocar su juventud, cuenta que era difícil encontrar una casa sin este niño lloroso en la pared.

Pero desde 1985, el retrato arrastra también una reputación mucho más sulfurosa: la de un objeto maldito, atraído por el fuego y firmado por un pintor que supuestamente vendió su alma.

¿Quién fue realmente Bruno Amadio?

Los «Crying Boys» suelen estar firmados «Bragolin», a veces «Giovanni Bragolin» o «Angelo Bragolin». Sin embargo, ningún pintor existió jamás con ese nombre. Según las biografías disponibles, detrás del seudónimo se esconde **Bruno Amadio**, nacido en Venecia en 1911 (el 9 de noviembre según unas fuentes, el 15 de enero según otras) y fallecido en Padua el 22 de septiembre de 1981. También utilizó otros nombres de pluma, entre ellos «Franchot Seville».

Formado en la academia, Amadio trabajaba en la Venecia de posguerra como pintor y restaurador, y realizaba para los turistas estos retratos de niños llorosos. Se le atribuyen al menos una sesentena de variantes, en versiones de niño y de niña, que la industria de la imagen reprodujo después por todo el mundo sin pagarle siempre como correspondía. Otro detalle contradice la leyenda: en los años setenta se le encuentra vivo, bastante acomodado y todavía ante su caballete en Padua.

La leyenda: un huérfano, un sacerdote y un pacto

Aquí el relato popular toma un giro netamente diabólico. En la versión más difundida, Amadio habría huido de Italia a España tras la guerra. Allí se habría cruzado con un niño vagabundo, un huérfano cuya familia habría muerto en un incendio. Un sacerdote habría advertido al pintor: allí donde iba el niño, el fuego lo seguía. El apodo del chico, «Don Bonillo» o, más dramáticamente, *Diablo*, acabó de darle fama de pequeño demonio.

Amadio, por compasión o por orgullo, habría ignorado la advertencia, acogido al niño y pintado su serie de retratos. Luego su taller habría ardido. Convencido de que el chico era el responsable, el pintor lo habría echado. En la mayoría de las versiones, el niño muere después en un accidente de coche o en un incendio, y sus retratos, ya impregnados de su maldición, empiezan a propagar el fuego en los hogares. El pintor, por su parte, habría muerto entre las llamas.

Ese es el «pacto»: un artista que acepta compartir su techo, y su gloria, con un niño al que el rumor tilda de condenado.

1985: «Blazing Curse of the Crying Boy»

La maldición, sin embargo, no nació en España, sino en las columnas de la prensa británica. A principios de septiembre de 1985, un periódico local de Rotherham, en Yorkshire del Sur, informa del incendio de una vivienda. Dos días después, el tabloide nacional *The Sun* se apodera del tema. El 4 de septiembre, en la página 13, publica un artículo titulado «Blazing Curse of the Crying Boy»: un matrimonio, Ron y May Hall, acusa a un cuadro de un niño llorando de haber causado la destrucción de su casa, de la que sería el único objeto en resistir a las llamas. El hermano de Ron,

 © Activité-Paranormale 2009-2026

bombero en Rotherham, habría añadido que en el parque circulaban otros casos similares. (Algunas fuentes sitúan la publicación el 5 de septiembre.)

La investigación del folclorista David Clarke muestra que el diario magnificó el asunto. Su director de entonces, Kelvin MacKenzie, olió el filón. Siguieron semanas de cartas de lectores aterrorizados, relatos de incendios y nuevas «víctimas». La leyenda creció hasta el punto de que las familias que poseían un ejemplar ya no querían conservarlo en casa.

La hoguera del Sun

Ante la avalancha, el periódico propuso a sus lectores enviarle sus reproducciones para destruirlas. En la noche de Halloween de 1985, unas 2.500 láminas fueron quemadas en una hoguera levantada en Oxfordshire. Un bombero presente ironizó sobre la ceremonia: esperaban gritos ahogados, pero sólo oyeron el crepitar del papel. El tabloide proclamó después que el hechizo estaba roto.

> *«Yo siempre digo que son las lágrimas las que apagan el fuego.»* – la esposa del bombero Alan Wilkinson, citada por David Clarke en Fortean Times.

Lo que dice la crítica racional

El caso abunda en explicaciones banales, que los investigadores escépticos exponen sin dificultad. Primero, el argumento del número. El propio Sun estimaba en unos 50.000 los ejemplares en circulación en el Reino Unido. Cuando un objeto decora tantos hogares, aparece mecánicamente en una parte de los incendios domésticos. El sesgo es de pura estadística: el humorista Ray Peacock, en un episodio de *The ParaPod*, lo resume con ironía diciendo que cualquier disco popular, presente en tantos salones, estaría también «maldito».

Luego, el sesgo de selección. Nadie denuncia «un incendio en el que el Crying Boy se quemó»: sólo los casos en que sobrevive pasan a la historia. Los investigadores también observaron que los cuadros no eran idénticos: *«un surtido heterogéneo»*, según David Clarke, de láminas baratas vendidas en los grandes almacenes británicos de los años sesenta y setenta. Lo único que compartían era su comercialización en masa.

Para explicar la supervivencia de los marcos, suele aludirse a la manera en que se colgaban estas reproducciones y al soporte con que iban montadas, pero esta hipótesis, frecuente en la literatura escéptica, sigue siendo una explicación plausible más que una prueba definitiva. En cualquier caso, The Sun no la recogió, pues, como señala Clarke, no tenía ningún interés en buscar una causa racional.

Por último, la genealogía del mito. David Clarke indica que la historia del huérfano «Diablo» no aparece hasta el año 2000, de la pluma del autor liverpuliano Tom Slemen. Esta trama, que explica quién es el niño y por qué el pintor habría acabado mal, es por tanto quince años posterior al pánico de 1985. En cuanto a Amadio, lejos de perecer entre las llamas, murió de enfermedad en Padua: el presentador y humorista Steve Punt siguió su pista para la BBC Radio 4 (*Punt PI*, 2010) y luego publicó sus conclusiones en The Sun. La leyenda de un exilio español y de un orfanato incendiado no ha podido confirmarse. El escéptico italiano Massimo Polidoro, en el *Skeptical Inquirer* (noviembre-diciembre de 2012), clasifica asimismo el caso entre las leyendas urbanas.

Por qué sobrevive el mito

La historia del pacto diabólico perdura porque cumple todas las casillas del relato gótico: un artista al margen, un niño maldito, una advertencia eclesiástica ignorada, un objeto de apariencia inocente que esparce la desgracia. Funciona además como vestigio del folclore de los «objetos encantados», en el que un cuadro se convierte en soporte de una presencia. Internet no ha hecho sino reactivar el rumor: foros, vídeos, anuncios de anticuarios que juran poseer «el original maldito».

 © Activité-Paranormale 2009-2026

El misterio, en el fondo, es el de la fabricación de un mito. Un retrato de un niño triste, vendido en serie a los turistas de Venecia, bastó para alimentar cuatro décadas de sustos, con un ciclo mediático bien engrasado como único «diablo». Bruno Amadio nunca firmó pacto alguno. Pintó, vendió y dejó sin saberlo uno de los más bellos casos de estudio de la psicología de las masas.

Satanismo - 24 octobre 2026 - Wakonda - CC BY 2.5

 © Activité-Paranormale 2009-2026